

Quía

Y EL MISTERIO DEL DISPAR DE ZAPATOS

Escrito por Yolanda Rubioceja

Ilustrado por _____



Quia y el misterio del dispar de zapatos

Primera edición: 2020

Colección: Alas de Lagartija

Producción:

Secretaría de Cultura

Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces

© Por los textos: Yolanda Rubioceja

© Por las ilustraciones: Frida Solano Martínez

Diseño de la colección: Frida Solano Martínez

D.R. © 2020 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces

Paseo de la Reforma 175, piso 5, Col. Cuauhtémoc, Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México

www.cultura.gob.mx

www.alasyraices.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces.

ISBN: en trámite

ISBN de la colección: 978-607-631-081-6

Impreso y hecho en México



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL

alas raíces

Quía

Y EL MISTERIO DEL DISPAR DE ZAPATOS

Escrito por Yolanda Rubioceja

Ilustrado por _____

Al abrir la puerta Quía se topó con los zapatos. Estaban ahí, encima del tapete de “Bienvenidos”. Uno, el del pompón azul, colocado un poco más adelante que el del moño café, parecía listo para dar el siguiente paso.

Quien hubiera golpeado a la puerta debió irse a toda prisa, pues, al escuchar los tres golpes, la niña abrió casi de inmediato; vio los zapatos, asomó la cabeza y miró en todas direcciones. Nadie a la vista. El intruso tendría que haber corrido hacia la esquina más cercana, imposible que hubiera desaparecido tan rápido hacia el otro lado. “Tal vez aún alcanzo a ver quién fue”, pensó, brincó los zapatos y se echó a correr tan rápido que casi se va de boca. Nadie a la vista en ninguna de las tres direcciones. El corazón le retumbaba dentro del pecho y la cabeza. Intentó respirar profundo, sin lograrlo. Recargó su espalda en el tronco del árbol que estaba justo atrás de ella y se deslizó hasta caer sobre el pasto. ¿Qué eran esos tres círculos brillantes?, “¡monedas!, ¡y son de diez! ¡qué buena suerte!”

De vuelta en casa Quía se detuvo a observar los zapatos, eran hermosos, disparejos pero hermosos. Se sostuvo de la pared con una mano y se sacó el zapato izquierdo, deslizó entonces el pie descalzo en el otro zapato, nuevo y suave. Repitió la operación con el derecho. ¡Era tan fácil ponérselos que sería difícil quitárselos!

No se trataba sólo de una broma cruel, un par de zapatos impares y párale de contar. Si así fuera, esta, en vez de una historia metida en un libro sería sólo un relato que terminaría con una plática más o menos corta sobre el enigma de encontrarse un sábado cualquiera con unos zapatos impares y tres monedas idénticas y abandonadas.

La anécdota sería algo más o menos así:

El dispar par de zapatos y las tres monedas

Eran uno derecho y uno izquierdo, ambos fabricados en piel café y con suela alta de goma. Muy probablemente eran cómodos, pues no eran demasiado estrechos y la piel se veía de buena calidad. Por el frente el derecho era puntiagudo y llevaba un pequeño pompón azul en la punta. En cambio el izquierdo era de punta chata con un moño a tono. No eran más que un no común dispar de zapatos comunes. ¿Qué por qué los dejaron sobre el tapete en la entrada de la casa de los Ulloa?

—Quizás alguna de esas niñas horribles de la escuela lo hizo para molestarte. En caso de que así sea creo que ya es hora de ponerle un alto. No va a ser muy difícil encontrarla, ¿no crees? Es cuestión de hacer una lista de quién tiene al menos dos niñas... Los Junco no creo, sus hijas están muy bien educadas. Pienso que por el tamaño de los zapatos muy probablemente sean las niñas de los Rangel o los Santibáñez, o hasta podrían ser... no, esas niñas son todavía muy pequeñas para estos números de zapatos —dijo su madre.

¡Ah!, olvidé decir que antes, al salir a la calle a buscar a la persona que habría abandonado los zapatos, Quía encontró tres monedas, ¡y eran de diez pesos! Usó los treinta pesos para comprarse cuatro dulces de chamoy de ocho pesos pero que don Luis el tendero le dejó a \$7.50.

“¡Qué buen día!”, pensó la niña, tres monedas, dos zapatos y un descuento.

“¡Vaya día malo!”, se dijo su madre que ni idea tenía del hallazgo de las tres monedas.

La madre se quedó con su enojo, la niña comió chamoy hasta que le dolió la panza, y nunca se supo quién dejó aquel día aquellos zapatos tras la puerta.

FIN, se acabó.

Pero no es ahí donde en realidad acabó el asunto, o al menos no si se tiene resolución para seguir con la lectura hasta que se resuelve el enigma. Las cosas siempre terminan por saberse, a veces se llevan unos minutos y otras muchos años.

Si al final un enigma no se resuelve no es más que por falta de tiempo. Que cualquier historia depende de dónde se empiece a contar y hasta cuándo se quiera terminar.

Resulta que sí, algo muy parecido al diálogo de la anécdota anterior se escuchó salir de boca de la madre de Quía. Claro que no dijo tal cual lo que yo dije que dijo, pues aunque ella era una señora en general muy equilibrada, cuando se llegaba a enojar decía una que otra grosería. De modo que para que el diálogo se parezca más a lo que ella sí dijo tendrías que sustituir la palabra *horribles* por otra de esas que no se pueden decir en un libro para gente de menos de un metro y medio. Tal vez le atines, quizás no, pero si la palabra es de esas que la gente suele llamar equivocadamente “mala palabra” ten por seguro que tu versión será más cercana a la realidad que la mía. Hubo una segunda grosería, ésa puedes meterla en cualquier otro lado pero como pista te digo que Alondra, así

se llamaba la madre de Quía, la usó para describir a la familia que, con al menos una hija con número de zapatos actual a partir de veintiuno, hubiese sido la causante de aquella burla hacia su hija. Hasta entonces había pensado Alondra sólo en quienes tenían dos hijas, pero tiempo después cayó en la cuenta de que también podría tratarse de una familia con una hija, pero con la misma costumbre que tenían ellos de guardar los pares de zapatos que a Quía ya no le quedaban.

Considerando esa opción casi podían ser todas las familias del pueblo las culpables de la burla hacia su niña. Es por ello que, sin mucha esperanza de averiguar lo que había sucedido, decidió darle fin al asunto y abandonar la investigación.

Sólo para aclarar algo, no es que te proponga usar groserías, no. Sólo te explico la razón por la que no cuento este episodio tal cual fue. Si no quieres o no te gusta decirlas deja la palabra *horribles* justo donde está, que esto no cambia en nada la historia.

Una vez realizado (o no) el ejercicio de encontrar las palabras adecuadas, que no las “malas palabras”, quizá quieras saber un poco más que la mera anécdota de cómo Alondra enfureció, prometió encontrar a quien habría colocado los zapatos sobre el tapete, y se dio por vencida unos días después. Pues bien, para entender qué tenían que ver con la niña dos zapatos tan diferentes entre sí y por qué estaba tan segura su madre de que se trataba de una burla, habría que saber unas cuantas cosas que pasaron doce años y seis días atrás, el día en que Quía nació.

Pero si eso no te interesa, hasta aquí llegamos. Siéntete en libertad de cerrar para siempre este libro.

FIN, se acabó.

¿Sigues ahí?...

... bien,

pues a seguir leyendo

que tampoco es que vaya a ser esta una historia muy larga.

Soy

de pocas palabras.

Es más, si yo supiera dibujar

esto sería un cómic.

Al principio sus papás ni siquiera se habían dado cuenta de que hubiera algo diferente en ella, y es natural pues los bebés no usan zapatos aunque los lleven puestos. Tenía Quía unas botitas que en realidad eran más parecidas a unos calcetines que a un calzado en forma, pues eran tejidas y estiraban, razón por la cual, a pesar de ser idénticas, le quedaban de maravilla.

Fue cuando le compraron su primer par de zapatos que al fin sus padres se dieron cuenta de que algo no era normal. Y es que uno de ellos le quedó bien pero el otro ni le entró. Ni siquiera forzándolo lograron meter la mitad del pie de la pequeña. Años después, leyéndole a Quía el cuento de La Cenicienta, su padre recordaría aquel episodio y comenzaría a llamarla La Hermanastra, lo que a Quía más que enojarle le parecería de lo más divertido. Pero todavía no estamos en ese momento de la historia y quizá ni siquiera lleguemos, así que volvamos a Gonzalo con su gesto de frustración y uno de los zapatitos en la mano.

El pobre hombre no entendía qué pasaba, revisó una y otra vez la talla marcada en el interior de cada zapato, como si por dejar de mirar un rato todo fuera a componerse mágicamente. Una vez que se convenció de que los dos números eran uno mismo, pensó que quizá en la fábrica se habrían equivocado al colocar una de las etiquetas, evidentemente la izquierda. “¡Claro!”, ¿qué más podía ser si no? Para comprobarlo colocó ambas suelas una contra la otra para compararlas. Eran de idéntico tamaño. “¿Cómo?” Verificó otras dos veces y una más. Al ver el gesto de sorpresa de Gonzalo, Alondra, quien recién se asomaba para ver si a Quía le habían quedado bien los zapatos –le preguntó si todo iba bien.

Una vez que encontraron la cinta métrica, que después de un rato de búsqueda apareció en el bolsillo de Alondra, midieron los pies de Quía. Esa mañana su madre le había medido el pie derecho, y solamente el derecho, pues la pequeña era muy inquieta del pie izquierdo y no paraba de moverlo, ni siquiera cuando dormía y..., ¿qué sentido tendría medir el izquierdo si ya sabía el largo del otro? Escribió, entonces, en un papel los centímetros y milímetros exactos que medía el pie derecho de la pequeña desde el talón hasta el dedo más largo, que no era el gordo como cualquiera podría pensar.

Ya que ninguno de los padres tenía idea de cómo escoger unos zapatos de niña, Gonzalo tendría que preguntar en la tienda a qué talla correspondía esa medida. El color de los zapatos debía ser azul claro, pues la mayor parte de la ropa de Quía era de ese color o combinaba con éste. En cuanto al modelo, Alondra le dio a Gonzalo “total libertad de elección” siempre y cuando el calzado estuviera fabricado con piel suave pero no tanto como para no sujetar de modo correcto el pie de la niña, no tuviera agujetas, ni suela blanca. Sería mucho mejor que no llevara adornos, o a lo mucho uno pequeño, pero sobre todo tenía que fijarse en que

los zapatos no fueran demasiado estrechos, pues le lastimarían, pero tampoco demasiado anchos, o se le saldrían. ¡Ah!, y respecto al costo, que no pasara de \$430.00, o \$450.00 si encontraba lugar para estacionarse en la calle, pues de lo contrario habría de meter el auto al estacionamiento que cobraba veinte pesos. Lo malo fue que Alondra no escribió todo aquello en el papelito que le dio a su marido, lo único que anotó ahí fue: 7.21. Así que para cuando llegó a la tienda, Gonzalo sólo recordaba, palabras más, palabras menos, las frases con las que ella había empezado las recomendaciones: “Siéntete en total libertad” y “color azul claro”. Bueno, pues ese tipo de libertad no era la que él apreciaba porque escoger entre todos los zapatos color azul claro de la tienda le resultaba una tarea demasiado difícil. Decidió sacarle foto a cada uno. Para ello le pidió al muchacho, que tuvo la mala suerte de atenderlo, que los pusiera todos sobre el mostrador, lo cual hizo de mala gana pero con su sonrisa de vendedor bien puesta. Alondra recibió una imagen seguida de otra y otra y otra más. En ese momento intentaba terminar de revisar un archivo en su computadora, así que decidió seguir con el trabajo y esperar a que acabaran de llegar todas las fotografías. Una vez que el teléfono dejó de sonar, revisó sólo las imágenes y, sin dudarlo, reenvió a Gonzalo dos de ellas y escribió: “De entre estos dos modelos eres libre de escoger los que quieras”.

—¿Por qué trajiste los dos pares? —reclamó sorprendida Alondra.

—¿No me dijiste que era libre de escoger los que quisiera?

—Sí, ¡pero sólo un par! Además ninguno de los dos pares son los que te reenvié. Trajiste lo que se te dio la gana.

—Claro, si no entonces, ¿dónde quedó la libertad? —preguntó Gonzalo—. Además, te estuve mandando mensajes y no contestaste.

—¡Tenía que enviar el trabajo y no había terminado! Ahora dime, ¿para qué queremos dos pares de exactamente el mismo color?

—Pues sí, son del mismo color pero si te fijas son muy diferentes. Los de la suela blanca son de agujetas y tienen estos agujeritos, en cambio estos otros, los de velcro, son lisos y tienen nariz y orejas de conejo.

—¡Y como no encontraste un solo par que fuera todo lo que te pedí que no trajeras, tuviste que traer dos para completar!, ¿no?

—¡Claro que no!, ¿o en algún momento me dijiste que no trajera zapatos con forma de conejo? —preguntó él.

—Ah, ¿no te lo dije?, ¿y “sin adornos o máximo con uno pequeño” no te hizo pensar que unos zapatos con rabo y orejas son demasiado? ¡Pero si entre los dos pares que escogiste completan justo todo lo que te dije que no compraras!

—Bueno, tampoco es para que te enojés tanto.

—¿Ah no?, sí hasta parece que lo hicieras a propósito.

—Lo que tú me dijiste fue que me sintiera libre y hasta ahora así me sentía —dijo Gonzalo mientras hacía saltar al conejo izquierdo.

—¿Cuánto gastaste? —preguntó Alondra intentando no perder el gesto serio.

—¡Ah! Es que no me dejas ni hablar. Ésa es la buena noticia, que si comprabas dos pares pagabas sólo los más caros. Así que pagué éstos —dijo haciendo brincar ahora a los conejos izquierdo y derecho una atrás del otro—, pero no pagué estos otros —indicó al tiempo que sacaba las manos y las metía en el par de zapatos de suela blanca a los que hizo dar pasos suaves—. ¡Salimos gratis! —gritó dándoles la voz.

—¿Cuánto fue?—preguntó Alondra arqueando las cejas y colocando ambas manos a cada lado de la cintura.

—\$549.99, pero ciérralo a \$550.00 porque no había modo de que me regresaran el centavo.

—Pero, si sólo llevabas cuatrocientos cincuenta.

—Sí, pero pagué con la tarjeta de crédito —dijo con cierto orgullo.

—¡Ay Gonzalo! Si apenas hace unos días quedamos en que no la íbamos a usar hasta que no pagáramos lo que debemos al banco.

—Sí, pero no pagué todo con ella, sólo los ciento veinte pesos que faltaban. Es que no hubo lugar en la calle, metí el auto al estacionamiento.

—¡Gonzalo! —gritó Alondra.

—¡Alondra! —contestó Gonzalo.

—¡Papá! —dijo la bebé.

—¿Quién?, ¿qué? —balbuceó Alondra—, ¿dijo papá?

—¡Dijo papá! —gritó Gonzalo dejando caer el par de zapatos y corrió a levantar a Quía que luchaba por ponerse en pie—. A ver, dilo otra vez: pa-pá, pa-pá, pa...

Pero Quía no volvió a decir “papá” al menos durante tres o cuatro meses más. Incluso Alondra y Gonzalo llegaron a pensar que tal vez se lo habían imaginado o que quizá había sido alguna otra niña o niño en la calle, quién había dicho la palabra tan esperada. Por lo pronto, ante la insistencia de su padre, cada vez que se le pedía que dijera “papá”, la pequeña decía las palabras ya conocidas: “mamá”, “tí”, “no”, “ese” y otras cuantas que nadie más que ella entendía.

Volviendo a Quía y sus zapatos, sólo dos de éstos le calzaron bien, pero no fueron ni el par con orejas y rabo de conejo, ni el de las de agujetas y suela blanca. Resulta que de cada par le quedó bien el zapato derecho, pero los dos izquierdos ni siquiera le entraron. Fue ahí que Alondra al fin sospechó lo que sucedía pero para estar segura de ello, fue por la cinta y midió el pie derecho de la pequeña: 7.21 centímetros, lo mismo que había anotado en aquel papel. Le midió luego el pie izquierdo: 7.99. ¡Demasiada diferencia de tamaño para una niña tan pequeña!

Desde que los padres supieron que los pies de su hija eran de muy distinto tamaño, ya no dejarían de advertirlo, y es que a simple vista la diferencia era notoria. ¿Cómo es que no se habían dado cuenta antes? Por más que su padre volvía a medirlos con una regla, con un flexómetro, o con la mano, los pies de la pequeña seguían con la necesidad de medir uno más que el otro.

Tras la visita al médico ortopedista, y siguiendo al pie de la letra sus indicaciones, Gonzalo fue a la zapatería a comprar un par de conejos del mismo tipo pero más crecidos. Claro que el médico sólo había dicho que adquirieran otro par un número más grande, sin sugerir que debía de ser el de los conejos. Gonzalo mostró el par al dependiente y le informó que los necesitaba un número más grandes y que los cambiaría por los otros que también había comprado y que venían en su caja. Esto no le pareció raro al vendedor, le sucedía todo el tiempo que los compradores regresaban por un par de zapatos del mismo modelo, pero más grandes o chicos, pues el hermano o hermana había hecho tremendo berrinche porque quería unos iguales.

Una vez que Gonzalo se asegurara varias veces de que no hubiera problema alguno con los zapatos, el vendedor los metió a su caja y se los entregó. “Vuelva pronto”, le dijo sonriente y seguro de que así sería, pues a los niños los pies

les crecen tanto que parece que trajeran prisa por llegar a algún lado. En el caso específico de Quía, el pie izquierdo llevaba más prisa que el derecho desde el principio. Al primer intento por nacer la niña había sacado sólo el pie izquierdo, así que tampoco era de extrañarse que por el resto de su vida este fuera más inquieto que su compañero derecho. Ni siquiera el ortopedista supo explicar la razón de aquella diferencia entre los pies de la pequeña. Sin embargo aseguró, con la calma que sólo los médicos tienen ante quienes la gente tiene a mal llamar “pacientes”, que no había de qué preocuparse pues era probable que, pasado un tiempo, el pie derecho diera el estirón y se emparejara con su compañero. Como ya se sabe, la palabra “probable” suele significar “puede ser que sí, pero también que no”, pero en el caso de Quía es más certero traducirla como: “no va a suceder jamás”. No sólo es que los pies de la niña nunca se emparejarían, sino que además la diferencia de tamaños iría incrementándose al paso del tiempo.

Así fue que en casa de los Ulloa Ramírez empezaron a acumularse una gran cantidad de impares de zapatos. Gonzalo insistía en que no tenía sentido guardar los que no se utilizaban, pero Alondra opinaba que eso sería un desperdicio espantoso. Quizás algún día encontrarían a la gemela de pies al revés de su hija y hasta que eso sucediera habría de guardarlos. Era por ello que adentro de uno de los armarios había una caja gigante, llena de parejas disparejas de zapatos destinados a la gemela imaginaria de Quía. Conforme los años pasaban, la caja fue cambiada por una cada vez más y más grande. Estaba a sólo uno o dos cumpleaños de no haber más en el armario.

Al cumplir doce años, el pie izquierdo de Quía era ya casi dos tallas más grande que el derecho, y no había forma de que ello pasara desapercibido para nadie, ni siquiera para la distraída maestra del quinto grado, la señorita Teresa.

No mentí cuando dije que yo soy persona de pocas palabras. Sin embargo, y muy a mi pesar, quizá me lleve un poco más de espacio del que pensé el contar lo que sucedió después de que Quía cumplió doce años, pues el enigma de los zapatos no es algo que se pueda resolver así tan fácil. Hay, a veces, casos tan llenos de eventos que incluso podrían requerir de dos libros y no solo uno para ser resueltos. No digo que éste sea el caso, o al menos no lo creo.

Sé que quizá sería más amable que al menos a estas alturas se incluyeran algunos dibujos. A mí me encantaría que estos fueran de los impares de zapatos que pasaron por los pies de Quía hasta este momento de la historia, o de los que estaban nuevos en la caja, que sería casi lo mismo pero sin dibujarles raspones. Pero, como ya lo confesé anteriormente, no dibujo muy bien. Antes de llegar hasta aquí lo intenté varias veces, pero nunca logré hacer unos conejos que parecieran zapatos y mucho menos unos zapatos que parecieran conejos, así que en caso de que tú sepas dibujarlos, por favor hazlo por mí.

Dejo, pues, espacio suficiente para que quepan todos los zapatos imaginables: ¡dos páginas enteras! Sería como tener la caja del armario completamente vacía para llenarla. Siéntete en libertad de dibujarlos como quieras. Pero espera, sólo hay unas cositas que... y es que los impares de zapatos más pequeños tendrían que ir hasta abajo; luego, seguirían los medianos y hasta arriba los más grandes, cada par tendría que ser impar, claro está, es decir, el izquierdo más grande que el otro y la diferencia entre ellos: creciente a manera que los zapatos ocupen el espacio superior en las hojas. Ahora sí, dicho esto, siéntete en total libertad de dibujar los zapatos como quieras o de dejar las hojas en blanco. Si decidieras hacer los dibujos éste se convertiría en un libro ilustrado.

Libro ilustrado por: _____

Punto de reunión

Para leer el otro lado de la historia,
haz click en el punto que encontrarás
en la página siguiente.

Sea que comiences

de aquí para allá

o de allá para acá,

da igual.

Éste es el punto final

de cualquier lado de la historia.

FIN,

se acabó.



iClick!

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA DE CULTURA

Natalia Toledo Paz

SUBSECRETARIA DE DIVERSIDAD CULTURAL Y
FOMENTO A LA LECTURA

Marina Núñez Bernalova

SECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Esther Hernández Torres

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Jesús Antonio Rodríguez Aguirre

COORDINADOR NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL



narrativa

La maestra de Quía, de nombre Teresa, que aparentemente es muy distraída, guarda un secreto que hará que la realidad de Quía se ponga de cabeza. Todo cambia desde el momento en que le regala a la niña un libro antiguo con tapas plateadas.

Es un juego en el que cada lector se vuelve parte de la historia pues su interacción es necesaria para hacerla avanzar.

Colección Alas de Lagartija

Esta publicación es de distribución gratuita, ajena a cualquier partido político, queda prohibido su venta.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL

alas  raíces